

PROYECCIÓN

*LA IGLESIA Y LA CULTURA.*—Es ya antigua en la historia de la Iglesia la polémica en torno a su posición frente a la cultura. La aceptación o el repudio de las filosofías en boga preocupó casi desde los mismos tiempos apostólicos. A través de los siglos, el problema ha ido presentando muy diversas vertientes, pero sus latidos no se extinguen. Siempre hubo hombres que se escandalizaron ante la absorción de elementos humanos por el cristianismo y otros que propugnaron un maridaje excesivo entre la fe y el cultivo de la inteligencia.

Hoy, quizás haya que fijar el nudo de la cuestión en la admiración producida por el desplazamiento que han sufrido las relaciones de la Iglesia con la cultura de occidente en los últimos tiempos. Dicha cultura ha dado un viraje hacia el racionalismo y el liberalismo, y ya en nuestros días, hacia un mayor naturalismo y materialismo. Hoy son las ciencias de la «técnica» y de la «máquina» las que pretenden orientar el pensamiento de la humanidad. Y hay quienes parecen angustiados como si la Iglesia se viese en trance de definir nuevamente su posición.

Que cada civilización suponga un enriquecimiento y un desarrollo de los valores humanos, nunca se ha podido negar. Por eso el hombre no puede renunciar a la cultura. Su vida está ligada a las alternativas de ésta, con ella se alza y con ella se deprime. De ahí su afán y su entusiasmo por todo lo que signifique progreso. Y es una quejumbre en los pueblos más atrasados el anhelo por seguir de cerca a los que en cada momento tienen la supremacía. En fin de cuentas se trata de los ideales más nobles dentro de lo puramente natural.

Pero esta legítima aspiración de la humanidad a seguir en su despliegue las directrices que le marca su propia naturaleza, llega un momento en que se ve alterada. La irrupción del Verbo hecho carne en el tiempo da un sentido único y definitivo a la cultura, sólo presentido en la revelación del Antiguo Testamento. No es que contradiga a las auténticas maneras de pensar y de sentir del hombre, sino que las sublima; no es que anule las posibilidades del

## PROYECCIÓN

*ser humano, sino que las acrecienta. Pero Jesucristo se coloca como piedra de escándalo, también, de la cultura. A partir de este momento histórico y en virtud de la palabra de Cristo, van a quedar deslindadas para siempre la cultura que podrá llamarse «cristiana» y todas las que no lo sean. Cristo al exigir acatamiento a su palabra por la sola razón de ser Él quien la pronuncia, y al proclamarse Él mismo como la Verdad, rompe con toda la tradición cultural preexistente y levanta los pilares de la nueva «sabiduría». Hasta entonces, ni después tampoco, nunca un hombre había podido dar, con plena garantía, como último argumento a su aserto, la prueba de su personalidad divina. Con tal proceder brota un inagotable venero de pensamiento y una inconfundible perspectiva para enjuiciar las cosas.*

*Pero Cristo, aunque nos descubrió el sentido neto de la verdad, no vino a cumplir una misión de orden cultural, sino religioso. La Iglesia, al heredar los poderes y la misión del Maestro, ha de procurar también lo que fue su anhelo y su preocupación, la salvación de las almas, no precisamente por la cultura sino por la religión. Mas al recoger los valores auténticamente humanos, para salvar, también con ellos, por virtud de la gracia, a los hombres, no puede despreciar ninguna cultura que en verdad lo sea. Sólo que dichas culturas, o, mejor, elementos culturales, habrán de ceñirse al criterio que nos dio el Maestro de la verdad.*

*La Iglesia acepta y propugna la cultura, pero partiendo de lo sobrenatural, no teniendo su arranque en el mero esfuerzo humano. Así lo dijo Pío XII en Septiembre del último año al X Congreso Internacional de Ciencias Históricas: «La Iglesia católica ha ejercido una influencia poderosa, decisiva, incluso sobre el desarrollo cultural de los dos primeros milenios. Pero está bien convencida de que la fuente de esta influencia reside en el elemento espiritual que la caracteriza, en su vida religiosa y moral...». Para la Iglesia, con más razón que para nadie, la cultura es una «sabiduría», un sentido sapiencial de la vida, un jerarquizar los valores para ascender hasta el Valor supremo. La cultura católica, aun en lo que tenga de humana, no puede ser sino el Evangelio; el Evangelio, si se quiere, proyectado sobre las diversas ciencias y las distintas técnicas. Todo aquello que en la ciencia y en la técnica puede ser útil al hombre para realizar la tarea que Dios le ha encomendado, la Iglesia lo bendice y aun lo fomenta; la cultura católica lo asimila. Como también rechaza lo que desdice con la verdad revelada.*

## PROYECCIÓN

Por el mismo hecho de ser el cristianismo una «sabiduría», sabe calibrar el alcance perenne o transitorio de lo que cada civilización aporta al acervo cultural humano. De aquí que la Iglesia católica no se liga a ninguna cultura ni se compromete con ninguna civilización. Con perspectiva de siglos ve hundirse en el tiempo la caducidad de lo humano. No se extraña, pues, cuando con lo perecedero caen los hallazgos de una época que pudieron ser óptimos en su tiempo pero ineficaces en los posteriores. Ni tampoco puede deslumbrarle el último adelanto técnico de cada momento. Sabe presentir que como fue superada la época del Renacimiento, puede serlo también la de la «electricidad» y la del «plástico». Lo que nuestro siglo tenga de acierto serán valores que quedarán asimilados—fuera ya de la vertiginosa atracción de lo nuevo— al ingente caudal de la humanidad, pero sin estridencias ni desorbitación.

Podrían parecer un tanto negativas las frases que preceden. Creemos, sinceramente, todo lo contrario. Porque no se subordina a ninguna cultura, en virtud de sus principios eternos, la Iglesia sabe señorearlas a todas. Se interesa por todo lo positivo, lo dirige y lo enfoca. Más aún, es ella misma creadora de cultura al enaltecer los valores del espíritu. Pío XII, en su alocución del 9 de Marzo último a la Unión Internacional de Institutos de Arqueología, Historia e Historia del Arte hace una breve y exacta enumeración de las grandes aportaciones de la Iglesia, a través de los siglos, a la cultura humana. Para el Pontífice es especialmente significativo el grandioso y profundo sentido, no sólo religioso, sino también cultural, que supone la gloria que se tributa a Dios con el ofrecimiento del santo sacrificio. Nadie se atreverá a decir que una cultura, cualquiera que fuese, pudiera, por sí misma, alcanzar semejante altura.

Es, pues, más bien la cultura la que necesita de la religión, como dice el Papa. Lo cual no quita que la educación y el nivel cultural de los pueblos ayude y facilite la propagación del Evangelio. La Buena Nueva encuentra terreno más propicio para germinar allí donde hay inteligencias despiertas y corazones bien templados. Nueva razón que avala el interés de la Iglesia por la cultura y su propagación.